

Un optimista en América

1959-1960

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Un ottimista in America, 1959-1960*

En cubierta: fotografía de Italo Calvino

de © Farabola/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2002 The Estate of Italo Calvino

All rights reserved

© De la traducción, Dulce María Zúñiga

The Estate of Italo Calvino, 2021

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-18-2

Depósito legal: M-25.424-2021

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Un optimista en América

1959-1960

Italo Calvino

Traducción del italiano de
Dulce María Zúñiga

 Siruela

Biblioteca Calvino

Índice

Prefacio	13
----------	----

Un optimista en América

<i>América a primera vista</i>	19
<i>Tótems y luces intermitentes</i>	21
<i>La ciudad de las descargas eléctricas</i>	22
<i>La agenda de las muchachas</i>	24
<i>¿América no está americanizada?</i>	25
<i>A caballo por las calles de Nueva York</i>	26
<i>La integración</i>	28
<i>El villager</i>	31
<i>Ventajas de lo provisional</i>	36
<i>Where are you from?</i>	38
<i>La escuela de la dureza</i>	40
<i>La sociología y el crisol</i>	42
<i>La herencia africana</i>	43
<i>La ola católica</i>	44
<i>El espresso-place</i>	45
<i>La invasión puertorriqueña</i>	47

<i>El Actors Studio</i>	49
<i>La Wall Street electrónica</i>	52
<i>El college de chicas</i>	54
<i>Entre máquinas que piensan</i>	55
<i>Jet y tradición</i>	59
<i>El sabbat de las brujas</i>	60
<i>El diablo en el país de Dios</i>	62
<i>Hazlo tú mismo</i>	67
<i>Vida de hotel</i>	70
<i>La organización de las comidas</i>	72
<i>Las chicas solas de Nueva York</i>	74
<i>La televisión a color</i>	77
<i>La televisión y las ideas</i>	79
<i>«Cultura de masas»</i>	81
<i>El consumo de los clásicos</i>	83
<i>¿La frivolidad está de rebajas?</i>	84
<i>Una masa de élite</i>	86
<i>Vacaciones en la URSS</i>	88
<i>Macartismo cansado</i>	89
<i>Comunismo con K</i>	90
<i>La historia y la geografía</i>	92
<i>Nostalgia de la dialéctica</i>	94
<i>La antítesis</i>	95
<i>Arte y antítesis</i>	96
<i>Arte y seguridad</i>	98
<i>Vida de escritor</i>	98
<i>Escritores-fantasma</i>	101
<i>Una familia típica</i>	102
<i>La ciudad desaparece</i>	104
<i>La rotación de los barrios</i>	105

<i>Los intelectuales de provincias</i>	106
<i>Los Estados Unidos encerrados en casa</i>	107
<i>Paternalismo</i>	108
<i>La muerte del radical</i>	109
<i>Un bar</i>	110
<i>Conferencia en el templo</i>	111
<i>En coche</i>	113
<i>Color estacionamiento</i>	114
<i>Las ferias de automóviles</i>	115
<i>El reino del óxido</i>	115
<i>Naturaleza e historia</i>	116
<i>Los museos marcianos</i>	117
<i>El paisaje y los automóviles</i>	118
<i>El mundo abstracto</i>	120
<i>Las hijas del divorciado</i>	120
<i>Los niños contra los «persuasores ocultos»</i>	123
<i>Las catedrales del consumo</i>	124
<i>La cena en solitario</i>	127
<i>El color de la miseria</i>	128
<i>Las contradicciones del sistema</i>	129
<i>Un lugar seguro</i>	130
<i>Los nómadas privilegiados</i>	131
<i>Los projects</i>	132
<i>Imágenes olvidadas</i>	133
<i>Los establecimientos humildes</i>	134
<i>Hombres que se borran</i>	137
<i>Publicidad</i>	140
<i>Chicago</i>	140
<i>Primer balance del American way of life</i>	142
<i>Las mujeres: las felices y las inadaptadas</i>	143

<i>La ciudad «diferente»</i>	144
<i>A las puertas de Asia</i>	148
<i>El Pacífico</i>	150
<i>Los estibadores privilegiados</i>	151
<i>La casa del profesor</i>	155
<i>Chessman</i>	155
<i>El monumento</i>	156
<i>Babbitt</i>	158
<i>Droga</i>	159
<i>Valle de la Luna</i>	160
<i>Public relations</i>	161
<i>El Año de la Rata</i>	164
<i>La otra cara</i>	166
<i>No es verdad lo que siempre se dice</i>	167
<i>Los paraísos terrenales</i>	168
<i>Las residencias de ancianos</i>	168
<i>La ciudad demasiado grande</i>	170
<i>El peatón sospechoso</i>	173
<i>La sombra de la silla eléctrica</i>	175
<i>Hollywood</i>	176
<i>Mordido por cisnes</i>	177
<i>Cowboys</i>	177
<i>Un neoyorquino en provincias</i>	178
<i>Las esposas</i>	179
<i>Salud de Las Vegas</i>	180
<i>Al contrario de aquello...</i>	186
<i>Consideraciones socialistas sobre los medios de transporte</i>	187
<i>Área deprimida</i>	189
<i>Los pueblos de indios</i>	190
<i>Lawrenciana</i>	194

<i>Atómica</i>	195
<i>Mitología de Texas</i>	196
<i>Las botellas en el bolsillo</i>	199
<i>Felicidad falsa y verdadera</i>	200
<i>Para hombres</i>	200
<i>Nueva Orleans como en los libros</i>	201
<i>El sindicato del striptease</i>	203
<i>Las fronteras de la confianza</i>	206
<i>Destino aventurero</i>	207
<i>Los últimos napoleónicos</i>	209
<i>El carnaval de Nueva Orleans</i>	210
<i>La poética de los «duros»</i>	212
<i>Incendios</i>	214
<i>La bolsa en provincias</i>	215
<i>El Sur profundo</i>	216
<i>Implicado</i>	218
<i>El consejo de guerra</i>	219
<i>El meeting de los jóvenes</i>	221
<i>El Estado Mayor negro</i>	222
<i>El domingo negro de Montgomery</i>	223
<i>Una escuela de dignidad</i>	228
<i>El movimiento negro</i>	229
<i>Los aliados</i>	230
<i>En tierra enemiga</i>	232
<i>La espina en el flanco</i>	234
<i>Los hombres de izquierdas</i>	236
<i>Una ciudad</i>	237
<i>Paisaje de América</i>	240
<i>Las lectoras de Joyce</i>	241
<i>Breve investigación sobre el catolicismo</i>	244

<i>El ojo y la costumbre</i>	249
<i>La actitud hacia los Estados Unidos</i>	250
<i>Psicoanálisis</i>	251
The Connection	253
<i>Los beatniks</i>	254
<i>Del diario de Giovanni B.</i>	260
<i>Voluntarios</i>	261
<i>El baile de las muchachas negras</i>	262
<i>La raza humana</i>	264
<i>El único enamorado de los Estados Unidos</i>	265
<i>Los sombreros de Pascua</i>	269
<i>Fifth Avenue</i>	270
<i>El apellido que no se menciona</i>	271
<i>Las alarmas atómicas</i>	274
<i>La utopía americana</i>	275
<i>Problemas e intereses</i>	277
<i>Qué se entiende por catástrofe</i>	280
<i>Más catástrofe</i>	280
<i>Las dos morales</i>	281
<i>Europa</i>	283

Prefacio

Entre noviembre de 1959 y mayo de 1960, Italo Calvino hizo su primer viaje largo a los Estados Unidos, un viaje que por varias razones puede definirse como «iniciático». Vivió sobre todo en Nueva York, la ciudad que más amó, que lo absorbió «como una planta carnívora absorbe una mosca». Visitó numerosos estados y centros urbanos —Cleveland, Detroit, Chicago («la verdadera ciudad americana, industrial, material y brutal»), San Francisco, Los Ángeles, Montgomery, Nueva Orleans, Savannah («la ciudad más bella de los Estados Unidos»), Las Vegas y Houston—, conviviendo con escritores, editores, agentes literarios, pero también con hombres de negocios, sindicalistas, activistas por los derechos civiles (el más importante de todos, Martin Luther King), así como con gente de toda índole.

Cuando regresó a Italia, reelaboró y dio forma narrativa a los apuntes de sus diarios y a la correspondencia pública y privada de aquel viaje que tanto lo había entusiasmado y enriquecido por dentro. Tenía la intención de

publicar un libro «como *Los viajes de Gulliver*. Aventuras, y sobre todo desventuras, por cierto, no me faltaron».

En agosto de 1960, en un texto dirigido a Carlo Bo, quien le pidió hacer un balance de aquel viaje, Calvino dijo:

A mi partida hacia los Estados Unidos, y también durante el viaje, me prometí que no escribiría un libro sobre América (¡hay tantos!). Sin embargo, cambié de idea. Los libros de viaje son un modo útil, modesto y completo de hacer literatura. Son libros con utilidad práctica, aun cuando, o justo por eso, los países cambian año tras año y, al hacer una imagen fija de cómo los hemos visto, registramos su esencia mutable; y podemos expresar de ellos algo que va más allá de la mera descripción de los lugares visitados, establecer una relación entre nosotros y la realidad y un proceso de conocimiento.

Son cosas de las que me he convencido hace poco: hasta ayer creía que viajar solo podría tener una influencia indirecta en la sustancia de mi trabajo. En este sentido fue importante haber tenido a Pavese como maestro, gran enemigo de los viajes. La poesía nace de un germen que nos persigue durante años, tal vez desde siempre, decía él, más o menos; ¿qué tiene que ver con esta maduración tan lenta y secreta el haber estado unos días o unas semanas aquí o allá?

Viajar, claro está, es una experiencia vital, que puede hacer madurar o cambiar algo en nosotros como cualquier otra experiencia, pensaba, y un viaje puede servir para que escribamos mejor porque habremos aprendido algo más de la vida. Por ejemplo, uno visita la India y al

volver a casa escribirá mejor, no sé, las memorias del primer día de escuela. Como sea, a mí siempre me ha gustado viajar, independientemente de la literatura. Y con ese espíritu he realizado mi reciente viaje americano: porque me interesaban los Estados Unidos, saber cómo son de verdad, y no para —qué sé yo— hacer un «peregrinaje literario» o porque quisiera «hallar inspiración».

En los Estados Unidos me sucedió algo inusitado: fui presa de un deseo de conocimiento y de posesión total de una realidad multiforme, compleja y «diferente de mí». Fue algo similar a un enamoramiento. Entre enamorados, como es sabido, se pasa mucho tiempo riñendo. En viajes subsecuentes a los Estados Unidos, tiempo después, cada tanto me sorprendo a mí mismo discutiendo con América; en cualquier caso, es como si viviera ahí todavía, me lanzo ávido y celoso sobre todo lo que escucho o leo acerca de aquel país y pretendo ser el único que lo comprende [...].

¿Aspectos negativos de los viajes? Viajar, se sabe, implica distraerse del horizonte de objetos determinados que forman el mundo poético propio, disipar esa concentración absorta y un poco obsesiva que es una condición (una de las condiciones) para la creación literaria. Pero, en el fondo, aunque nos dispersemos, ¿qué importa? Humanamente, es mejor viajar que quedarse en casa sin salir. Primero vivir, luego filosofar y escribir. Es primordial que los escritores vivan con una actitud que los lleve a una mayor adquisición de la verdad. Ese algo que se reflejará en la página, sea lo que sea, será la literatura de nuestro tiempo, nada más.

En marzo de 1961 (como refirió a Luca Baranelli en una carta de enero de 1985), una vez terminada la corrección de las segundas pruebas y elegido el título —*Un optimista en América*—, Calvino decidió «no publicar el libro, porque al releer las pruebas lo sentí demasiado modesto como obra literaria y no lo bastante original para ser un reportaje periodístico. ¿Hice bien? ¡Bah! De haber sido publicado en aquella fecha, el libro hubiera sido un documento de época y una fase de mi itinerario, tal como lo percibió Raniero [Panzieri]».

Un optimista en América

América a primera vista

Me arrepentí de no haber viajado en avión. Habría llegado a Nueva York impulsado por el ritmo de los grandes negocios, de la política del más alto nivel, de los personajes sonrientes de las telefotos. Es la mejor manera de llegar hoy a los Estados Unidos. Sin embargo, me dejé convencer de que era preferible viajar por vía marítima («¿Quieres probar? ¡Será una maravilla!»). Me embarqué en el transatlántico más moderno que zarpó de El Havre. Aun así, no fue maravilloso: llegué a Nueva York abrumado por la sombra de otra América: la América del tedio provinciano, del aburrimiento de los viejos matrimonios, la del bienestar sin vitalidad ni fuerza interior.

El barco es un medio de transporte anacrónico y, al igual que los balnearios de aguas termales, está atestado de ancianos que pasan las tardes jugando al bingo —una especie de tómbola— o apostando a carreras de caballos ya celebradas, transmitidas en diferido.

El quinto día, al amanecer, en medio de una pálida bruma, subí a cubierta, bien arropado, y me asomaba por encima del cuello levantado de mi abrigo para empezar a divisar Nueva York. De pronto, en el horizonte ya claro, entre las luces de una costa irregular, una montaña va tomando forma. Y, de repente, todo es perfecto. Al final, esa era la mejor manera de llegar. El viaje, lo diferente, solo tiene sentido si se paga la llegada, y algunos de nosotros, privilegiados y nerviosos, lo pagamos con apenas un poco de impaciencia.

Alzándose en el cielo escasamente iluminado, los rasca-cielos aparecen como las ruinas de una monstruosa Nueva York, como podría ser dentro de tres mil años si la abandonaran hoy. Es una masa porosa y casi diáfana que deja filtrar la claridad. Por aquí y por allá aparecen luces que se han dejado encendidas olvidadas (¿durante la fuga de los últimos habitantes?) y luego se apagan todas a la vez: ya es de día.

Poco a poco van aflorando colores en las enormes formas grisáceas. Son completamente diferentes de los que esperaba nuestro recuerdo basado en fotografías, y se pierden en un diseño de volúmenes y formas cada vez más complicado, minucioso y laberíntico. Todo permanece silencioso y desierto. De pronto, ¡los coches! Allí, en la base, quién sabe desde hacía cuánto tiempo circulaban y circulaban como una corriente de hormigas luminosas, sin que ninguno de nosotros lo hubiera advertido.